

Mis anotaciones**1 TESALONICENSES, 5, 12 - 19**

“Vivan en paz unos con otros. Los exhortamos también a que reprendan a los indisciplinados, animen a los tímidos, sostengan a los débiles, y sean pacientes con todos. Procuren que nadie devuelva mal por mal. Por el contrario, esfuércense por hacer siempre el bien entre ustedes y con todo el mundo. Estén siempre alegres. Oren sin cesar. Den gracias a Dios en toda ocasión: esto es lo que Dios quiere de todos ustedes, en Cristo Jesús. No extingan la acción del Espíritu;”

2 TESALONICENSES, 1, 3 - 4

“Hermanos, siempre debemos dar gracias a Dios a causa de ustedes, y es justo que lo hagamos, porque la fe de ustedes progresa constantemente y se acrecienta el amor de cada uno hacia los demás. Tanto es así que, ante las Iglesias de Dios, nosotros nos sentimos orgullosos de ustedes, por la constancia y la fe con que soportan las persecuciones y contrariedades.”

COLOSENSES 3, 15 - 17

“Que la paz de Cristo reine en sus corazones: esa paz a la que han sido llamados, porque formamos un solo Cuerpo. Y vivan en la acción de gracias. Que la Palabra de Cristo resida en ustedes con toda su riqueza. Instrúyanse en la verdadera sabiduría, corrigiéndose los unos a los otros. Canten a Dios con gratitud y de todo corazón salmos, himnos y cantos inspirados. Todo lo que puedan decir o realizar, háganlo siempre en nombre del Señor Jesús, dando gracias por él a Dios Padre”.

Oración del jubileo de la Misericordia.

Señor Jesucristo, tú nos has enseñado a ser misericordiosos como el Padre del cielo,
y nos has dicho que quien te ve, lo ve también a Él.

Muéstranos tu rostro y obtendremos la salvación.

Tu mirada llena de amor liberó a Zaqueo y a Mateo de la esclavitud del dinero;

a la adúltera y a la Magdalena de buscar la felicidad solamente en una criatura;

hizo llorar a Pedro luego de la traición,

y aseguró el Paraíso al ladrón arrepentido.

Haz que cada uno de nosotros escuche

como propia la palabra que dijiste a la samaritana:

¡Si conocieras el don de Dios!

Tú eres el rostro visible del Padre invisible,

del Dios que manifiesta su omnipotencia sobre todo

con el perdón y la misericordia:

haz que, en el mundo, la Iglesia sea el rostro visible de Ti,

su Señor, resucitado y glorioso. Tú has querido

que también tus ministros fueran revestidos de debilidad

para que sientan sincera compasión por los

que se encuentran en la ignorancia o en el error:

haz que quien se acerque a uno de ellos se sienta esperado,

amado y perdonado por Dios.

Manda tu Espíritu y conságranos a todos con su unción

para que el Jubileo de la Misericordia sea un año de gracia del Señor

y tu Iglesia pueda, con renovado entusiasmo, llevar la Buena Nueva a los pobres

proclamar la libertad a los prisioneros y oprimidos

y restituir la vista a los ciegos.

Te lo pedimos por intercesión de María, Madre de la Misericordia,

a ti que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. AMÉN.



El árbol de los pañuelos

En un pequeño poblado rodeado de un hermosísimo paisaje verde y montañoso, vivía una familia formada por un papá, una mamá y sus tres hijos. Vivían allí hacía mucho tiempo y disfrutaban del verde pasto, las flores y la vida en contacto con la naturaleza. Pero en especial disfrutaban de su árbol preferido, un frondoso árbol, cuya copa daba una gran sombra que les servía para pasar el tiempo jugando, para tomar relajantes siestas, para reunir a la familia.

Cuando el tiempo pasó y los niños crecieron, uno de los muchachos discutió con su padre, se enojó mucho y decidió irse de su casa. El papá pidió que se quedase, pidió dialogar y arreglar el asunto, pero no resultó. El joven se fue lejos y vivió día tras día conforme a su voluntad, dándose el gusto de conocer y probar todo lo que se le presentaba. Esta manera de vivir lo llevó por mal camino y estaba sufriendo.

Una tarde, recordando su niñez y todo lo que había aprendido, la felicidad con la que había crecido y el amor de su familia, escribió un mensaje a su padre. En él reconocía haberse portado en forma incorrecta y pedía perdón. Deseaba volver a su hogar y recomponer los lazos papá-hijo.

En un tiempo él volvería a su casa en tren. El ferrocarril pasaba cerca de su casa y el tren era visto desde la ventana de la cocina de su hogar. Le pidió a su papá que lo perdonara y que colgara una tela blanca en el árbol preferido en señal de perdón. Si así fuese, él bajaría del tren y corriendo iría hasta su padre. Pero si no, seguiría de largo y no molestaría más.

Llegado el día, compró boleto, subió al tren y con muchas ansias viajó esperando visualizar el árbol y la respuesta de su papá. Cuando se acercaba y alcanzó a ver el árbol de su patio, la emoción lo inundó en un río de lágrimas, pues el papá no había colgado la tela blanca como él pidió, sino que había llenado la gran copa del árbol con pañuelos blancos, no uno sino miles, dándole la bienvenida. Bajó, entonces, del tren y corrió hasta el cerco donde se encontraba su papá esperándolo con los brazos abiertos llenos de amor.



¡Qué bueno es reconocer cuando cometemos errores y con humildad pedimos perdón! Siempre la recompensa es mayor al motivo que nos llevó a equivocarnos.